

Gran Juego II: desde Tallin a Seúl y Tokio, pasando por Kiev, la decadente potencia estadounidense responde en las fronteras de Rusia y China

Loren Goldner

A comienzos de la década de 1980, durante los primeros años de la Guerra Fría II, tras la intervención soviética en Afganistán, la revolución iraní y el recrudecimiento y posterior represión de las actividades de Solidarnosc en Polonia, yo trabajaba en una biblioteca universitaria de la costa este de los Estados Unidos. Compartía despacho con una joven que estaba terminando un máster en lenguas eslavas y que ya hablaba con fluidez ruso, ucraniano y polaco. De repente, el gobierno de los Estados Unidos le otorgó una beca para que dejara todo aquello y se volcase en el estudio del kazaco y del uzbeko. Unos meses más tarde, obtuvo un empleo con «una agencia» de Washington D. C. y de un día para otro se marchó. Escribió una vez, un año más tarde, para decir que estaba leyendo entre líneas la prensa comunista de las repúblicas socialistas soviéticas de Uzbekia y del Kazajstán. Nunca más volví a verla.

En torno a aquella misma época, el director del instituto donde yo trabajaba como bibliotecario (un amigo íntimo de Henry Kissinger que recibía llamadas de teléfono de media docena de jefes de Estado todos los días y que parecía tener las mismas inclinaciones intelectuales que los operadores de bonos basura que también empezaban a hacerse célebres durante la presidencia de Reagan) me pidió que le consiguiera a través del préstamo interbibliotecario un estudio clásico sobre los dos mil quinientos años de historia de Georgia.

Quizá fueran esos episodios anecdóticos, además de los acontecimientos que copaban los titulares de prensa de aquellos años acerca del auge del fundamentalismo islámico, los que me indujeron a reflexionar sobre la historia de lo que, entre 1800 y 1930 aproximadamente, se denominó el «Gran Juego». Esa expresión aludía a la rivalidad entre los imperios zarista y británico a lo largo de la frontera del primero, a la que Rudyard Kipling debió a su celebridad literaria. Los británicos querían proteger a su colonia india de una invasión rusa

a través de Afganistán y Cachemira¹. También querían defender su vía marítima de acceso a la India a través de Suez. Dadas las dimensiones de las fuerzas de tierra rusas, que al finalizar las guerras napoleónicas, en 1815, ocuparon París y permitieron al imperio zarista anexionarse cientos de kilómetros cuadrados al día en el transcurso de una expansión hacia Vladivostok que duró trescientos años, difícilmente podía considerarse una amenaza baladí. En 1885, por ejemplo, el choque que se produjo en las cercanías de Kamchatka entre un pequeño contingente de tropas británicas con base en la India y un pequeño contingente de tropas rusas estuvo a punto de desencadenar la Primera Guerra Mundial, y en todo Occidente las bolsas se desplomaron brevemente. Algunos años antes, en 1842, diecisiete mil soldados británicos habían ocupado Afganistán prácticamente sin disparar un solo tiro; tras el alzamiento afgano posterior, sólo uno de ellos logró regresar a la India con vida. En 1860 Friedrich Engels escribió un artículo sobre Afganistán en el que dijo que ninguna potencia occidental debería de intervenir militarmente allí jamás. Hacía mucho tiempo que los participantes en el «Gran Juego» codiciaban Afganistán, pero no por nada que hubiera en Afganistán propiamente dicho, sino porque es una plataforma fundamental para influir sobre Rusia, la India, China e Irán.

La consolidación del imperio estalinista en la Unión Soviética y Europa oriental después de 1945, el triunfo de la revolución estalinista en China en 1949, y la «estrategia de contención» de las potencias occidentales durante la Guerra Fría, que duró cuatro décadas, parecían haber «congelado» la historia en las fronteras de Rusia y China y haber relegado al «Gran Juego» decimonónico al museo de las antigüedades. Fuera de Rusia y China, nadie (y sospecho que no mucha gente dentro de esos países) sabía gran cosa acerca de los georgianos, los

¹ Desde que los pueblos indoeuropeos arrollaron a las civilizaciones indias de Mohenjo Daro y de Harrapan en torno al año 1800 a. C., esta había sido una famosa ruta de invasión a partir de Asia Central. A los pueblos indoeuropeos les siguieron Alejandro Magno, los hunos, los mongoles y los ejércitos túrquicos islámicos que fundaron el Imperio Mongol.

azeríes, los osetios, los tártaros de Crimea, los chechenos, los turcomanos, los uzbekos, los kazacos, los kirguises, los tayiks, los tibetanos y los uigures, y tampoco les importaba demasiado. Muchas de estas regiones estaban cerradas a los occidentales y en ellas había campos de pruebas nucleares y gigantescos proyectos tecnocráticos de infraestructuras. Ciertamente es que el disidente soviético Andrei Amalrik sostuvo en su libro *Will the Soviet Union Survive Until 1984?* [*¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?*] (1970) que la «cuestión nacional» planteada por dichos grupos acabaría provocando la caída de la Unión Soviética; también lo es que observadores occidentales como Emmanuel Todd² dijeron cosas parecidas y señalaron (ya en la década de 1970) la demografía negativa de Rusia en comparación con la explosión demográfica de estas poblaciones de etnia fundamentalmente turca. En la prensa estalinista y trotskista occidental aparecían de vez en cuando artículos acerca de la emancipación de las mujeres de la opresión islámica posterior a 1917 (muy real) en las repúblicas centroasiáticas. Sin embargo, en el mundo no occidental el «tono» general seguía siendo poco más o menos el mismo que cuando Nasser, en el Egipto laico y modernista de la década de 1950, clausuró las órdenes sufíes y depositó sus manuscritos de incalculable valor en las aceras en calidad de desechos, o cuando la «revolución blanca» del Shah de Irán marginó socialmente a los clérigos chiíes y alentó la educación de las mujeres. En aquellos tiempos parecía que sólo los mercaderes jubilados de los bazares de Teherán aburrían a sus nietos, pegados a las pantallas de sus televisores, con soflamas sobre la inminente revolución que iba a aportar la república islámica. Aquellos que pertenecíamos a la izquierda antiestalinista occidental veíamos en los levantamientos obreros de Berlín Oriental (1953), Poznan y Budapest (1956) o de Gdansk y Gdynia (1970) los heraldos del derrocamiento revolucionario del estalinismo. En nuestro entorno no había nada que nos preparase para ver a obreros polacos rezando a la Virgen Negra de Czestochowa en los astilleros ocupados de Gdansk en 1980, no digamos para los guerrilleros islámicos nonatos en las montañas de Tayiquistán.

² Emmanuel Todd, *Essai sur la décomposition de la sphère soviétique*, París 1976.

Dado su tufillo romántico, el Gran Juego siempre ha atraído a personajes más bien turbios³. Es sabido que el geógrafo británico H. J. Mackinder y el alemán Friedrich Ratzel lo teorizaron en torno a 1904 basándose en las ideas del sueco Hans Kjellen. Mackinder expuso la idea de Eurasia como «isla mundial» y sostuvo que la potencia que controlase las fronteras de Rusia dominaría el mundo. La «geopolítica» también se vio influida por las ideas socialdarwinistas del «espacio» y fue, por tanto, una precursora de las ideas expansionistas nazis sobre el *Lebensraum*⁴.

Las ideas de Mackinder y Kjellen fueron adoptadas por una escuela alemana de geopolítica, cuya figura más ilustre fue Karl Haushofer. Éste, en calidad de oficial del ejército del Kaiserreich, había sido agregado militar en Japón y había estudiado detalladamente la asombrosa derrota de Rusia a manos de Japón durante la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. (El ejército nipón estaba igualmente enamorado de la ciencia militar prusiana.) Al parecer, Haushofer no sólo hablaba un japonés excelente, sino también coreano y chino y, según ciertas fuentes, había sido iniciado en una secta esotérica budista japonesa. Durante la Primera Guerra Mundial sirvió como oficial en el ejército alemán. Tras la guerra inició una carrera académica en el floreciente campo de la geopolítica (que tenía

³ Uno de esos personajes fue Ignaz Trebitsch-Lincoln, estafador y espía internacional con muchos patrocinadores durante las primeras décadas del siglo XX. A comienzos de la década de 1920 Trebitsch-Lincoln estaba en China desempeñando labores de enlace con Chiang Kai-shek por cuenta de personajes de la extrema derecha militar germana. Acabó sus días en China como monje togado, donde recibía visitas de occidentales que estaban de viaje espiritual, como una especie de Baghwan de su tiempo. Véase Bernard Wasserstein, *The Secret Lives of Trebitsch Lincoln*, Yale UP 1988. Para más antecedentes sobre el Gran Juego consúltese la bibliografía.

⁴ La idea del «euroasiatismo» sigue viva y goza de buena salud, como atestigua un artículo de fondo del *Financial Times of London* del 09/09/2008. Para más detalles acerca de los movimientos de extrema derecha y sus ideólogos, que en la actualidad, según el *FT*, tienen acceso a los más altos niveles de poder en Rusia, véase también Stephen Shenfield, *Russian Fascism*, (ME Sharpe, 2001).

un largo pedigrí en Alemania) y se hizo amigo de un ambicioso joven llamado Rudolf Hess. Tras el fracaso del putsch nazi de Munich en el otoño de 1923 visitó a Hess en la cárcel, y se dice que influyó en las secciones geopolíticas de *Mein Kampf*, el libro del compañero de celda de Hess, Adolf Hitler. Sin embargo, Haushofer no era en absoluto un granuja nazi y acabó peleándose con ellos a raíz de la cuestión racial. Desde la unificación alemana de 1871, el ministerio de asuntos exteriores del Káiser había apoyado con todos los medios a su disposición a los movimientos anticoloniales contra los imperios británico y francés (lo cual es una fuente poco reconocida de los «movimientos de liberación nacional» posteriores a 1945). El período que precedió y que siguió a la Primera Guerra Mundial fue el punto álgido de la ideología del «peligro amarillo» en Occidente, y la derrota de Rusia a manos de Japón generó una gran onda expansiva en tanto primera victoria militar importante de un país «no blanco» sobre una gran potencia europea. Sin embargo, cuando llegó al poder en 1933, Hitler siguió prefiriendo una India bajo dominio «blanco» (es decir, británico) a la independencia india, por más que esta última hubiera podido debilitar al Imperio británico, y a Haushofer se le marginó. Tanto el como su hijo Albrecht, que también era profesor, fueron detenidos bajo sospecha de haber participado en la conspiración de julio de 1944 para asesinar a Hitler. Albrecht fue ejecutado; Karl Haushofer fue juzgado en Nuremberg pero no condenado. Su esposa y el se suicidaron en 1946.

El Gran Juego I se intensificó durante el intento occidental post-1917 de fomentar la contrarrevolución en Rusia, con el Imperio Británico a la cabeza. En un principio, los bolcheviques en el poder ofrecieron la independencia total a muchas de las nacionalidades no rusas de la antigua «cárcel de los pueblos» zarista. La situación evolucionó con rapidez cuando los mencheviques de muchas regiones, por no hablar de las fuerzas blancas, colaboraron con las potencias occidentales durante la guerra civil rusa. Las fuerzas blancas ganaron la guerra civil en la recién independizada Finlandia, y el populista Pilsudski⁵,

⁵ Rosa Luxemburg previó la trayectoria reaccionaria de Pilsduski en fecha tan temprana como 1909, cuando éste era miembro del Partido Socialista Polaco (PPS) y luchaba por imponerse al

que tomó el poder y se mantuvo en el en la recién creada Polonia, derrotó al Ejército Rojo con ayuda francesa durante la guerra ruso-polaca de 1920, un punto de inflexión decisivo en el aislamiento de la revolución rusa⁶. Otras crisis importantes estallaron en Georgia (tierra natal de Stalin) y en Siberia oriental, donde los japoneses desembarcaron setenta mil tropas en 1918.

Aquel cerco puso a prueba el temple de la primera república soviética, y hay quien ve en los años 1920-1921 el comienzo real del «socialismo en un solo país» (por oposición al año 1924 y el triunfo de Stalin), es decir, el predominio de los intereses nacionales soviéticos sobre las intenciones proclamadas de fomentar la revolución mundial⁷. Dos años antes de que el Tratado de Rapallo lo hiciera oficial, la Reichswehr alemana, sometida a paralizantes restricciones como consecuencia del punitivo Tratado de Versalles que puso fin a la Primera Guerra Mundial, obtuvo permiso del gobierno soviético para entrenarse secretamente en Ucrania a cambio de ayudar a su vez a formar al ejército soviético rojo y organizar tratos con los fabricantes de armas alemanes. De acuerdo con nuevos documentos de los archivos rusos a los que se pudo acceder a partir de 1991, el peripatético general alemán Hans von Seeckt (que

resueltamente antinacionalista Partido Socialdemócrata del Reino de Polonia y Lituania de Rosa Luxemburgo (SDKPiL). Entretanto, Lenin tomó partido por Kautsky el apoyo al PPS de Pilsduski en una lucha de credenciales en el seno de la Segunda Internacional contra el SDKPiL. Luxemburgo advirtió del potencial reaccionario, demostrado una y otra vez, de la política bolchevique inicial de independencia incluso cuando conducía al establecimiento de gobiernos burgueses (véase *The National Question: Selected Writings*, Nueva York 1976) [*La cuestión nacional*, Ed. El Viejo Topo 1999, trad. M^a José Aubet Semmler]

⁶ Dicho sea en su honor, el KAPD (Partido Comunista Obrero Alemán), partido comunista de izquierda, voló algunos trenes que transportaban cargamentos de armas para los ejércitos de Pilsduski.

⁷ No está claro cuáles fueron las consecuencias políticas inmediatas, sobre todo desde el punto de vista la política internacional de la Unión Soviética y de la Tercera Internacional (que a comienzos de la década de 1920 todavía no eran una y la misma cosa).

después formó a los ejércitos de Chiang Kai-shek) escribió desde Moscú que en torno a Trotsky (en aquel entonces ministro soviético de la Guerra) había un círculo deseoso de colaborar con Alemania. Un mes más tarde se iniciaron las conversaciones secretas acerca de esa colaboración y poco después Lenin indicó que las apoyaba⁸. El Tratado de Rapallo de 1922 convirtió esa colaboración en oficial. Los detalles acerca de los contactos a alto nivel entre la Reichswehr y el Ejército Rojo en aquellos años decisivos siguen estando rodeados de misterio, pero por sinceras que fueran las intenciones de Zinoviev y Trotsky acerca de exportar la revolución a Alemania, es un hecho poco conocido que la Reichswehr aplastó la última insurrección de la revolución alemana, que se produjo en Hamburgo en 1923, con un cargamento de armas procedente de la Unión Soviética.

El fracaso de la revolución proletaria en Occidente hacia 1920 indujo a los bolcheviques a empezar a mirar hacia el sur y hacia el este en busca de posibles aliados entre los movimientos anticoloniales, ante todo los del Imperio Británico. Durante el Congreso de los Pueblos de Oriente celebrado en Bakú en 1920, Grigori Zinoviev hizo un llamamiento a los delegados, en gran parte musulmanes y que le aplaudían desafortunadamente, para que lanzasen una *yihad* contra las potencias occidentales.

Hacia 1910, tras la fracasada revolución de 1905 en Rusia, la intelectualidad de las nacionalidades centroasiáticas controladas por el Imperio zarista ya había acusado el impacto del marxismo. De este fermento de «marxistas sin proletariado», como a veces se les llamaba debido a la ausencia

⁸ Un estudio excepcional acerca de estas delicadas maniobras, basadas en materiales de archivo recién puestos a disposición del público, es el libro de M. Zeidler, *Reichswehr und Rote Armee, 1920-1933* (1993). La información acerca de la actitud de Lenin y Trotsky en 1920 se encuentra en las páginas 50-53. Se olvida con frecuencia que algunos funcionarios alemanes de alto rango, militares y capitalistas, influidos en parte por las maniobras de Karl Radek desde su celda berlinesa de 1919-1920 (donde recibió a generales alemanes y a grandes industriales como Walther Rathenau), estaban convencidos de la necesidad de una alianza germano-soviética contra Occidente. El libro de Zeidler narra algunos de estos sucesos.

casi total de industria en Asia Central en aquel entonces, salió, por ejemplo, la figura del sultán Galiev, que a comienzos de la década de 1920 intentó teorizar una posible cohabitación entre el marxismo y el Islam argumentando que la situación en Asia Central exigía que los bolcheviques prestasen una especial atención a la cultura musulmana. Fuesen cuales fuesen los méritos o los problemas de los esfuerzos del sultán Galiev, era indudablemente marxista y anticapitalista y no debe confundirse con los fundamentalistas islámicos actuales. Acabó siendo denunciado como trotskista por Stalin y desapareció en el Gulag⁹.

Más hacia el Oeste, surgieron otros problemas para la exportación de la revolución cuando se desintegró el Imperio Otomano y se creó la Turquía moderna bajo el liderazgo de Mustafá Kemal. El gobierno soviético estableció lazos con el nuevo régimen turco y en diciembre de 1920 se negoció un tratado comercial. En enero de 1921, Mustafá Kemal hizo ejecutar a todos los líderes del recién fundado Partido Comunista Turco, lo que no impidió la firma del acuerdo comercial turco-soviético en marzo de 1921¹⁰ al mismo tiempo que el acuerdo comercial anglo-soviético, el aplastamiento de Kronstadt, la derrota de la «acción de marzo» alemana y la puesta en marcha de la Nueva Política Económica indicaban cuando menos el aplazamiento de la revolución mundial y un repliegue político en el interior de la propia Unión Soviética.

Trotsky, que en 1920 era ministro de la guerra y todavía estaba organizando a las fuerzas soviéticas para librar la guerra civil, redactó un memorando secreto dirigido a Lenin y a otros altos cargos bolcheviques que rara vez se cita en las historiografías trotskistas sobre esa época o en las

⁹ Véase Alexandre Bennigsen, *Sultan Galiev, le père de la révolution tiers-mondiste*, París 1986. Otro retrato de este fermento intelectual centroasiático escasamente conocido, que traza la evolución de un disidente soviético de 1968 hasta llegar a las revueltas chechenas de la década de 1990, es G. Derlugian, *Bourdieu's Secret Admirer in the Caucasus. A world-system biography*. University of Chicago Press, 2005.

¹⁰ Kemal se convirtió así en uno de los primeros personajes «antiimperialistas» (si no en el primero) del largo linaje posterior.

antologías de escritos de Trotsky, por el excelente motivo de que no cuadra con su teoría de la revolución permanente:

Todos los informes acerca de la situación en Khiva, en Persia, en Bukhara y en Afganistán confirman que en el momento actual una revolución soviética en estos países nos causaría grandes dificultades. Hasta que la situación en Occidente se estabilice y nuestras industrias y nuestros sistemas de transporte hayan mejorado, una expansión soviética en Oriente podría resultar no menos peligrosa que una guerra en Occidente. Una revolución soviética potencial en Oriente sería ventajosa para nosotros sobre todo como elemento importante en las relaciones diplomáticas con Inglaterra. De esto deduzco que: 1) en Oriente deberíamos dedicarnos al trabajo educativo y político y al mismo tiempo recomendar toda la cautela posible en lo que se refiere a acciones calculadas de manera que requieran nuestro apoyo militar o pudieran requerirlo; 2) hemos de llegar por todos los canales posibles a nuestra disposición a un entendimiento con Inglaterra acerca de Oriente¹¹.

Esa perspectiva se concretó en la primavera de 1920, en la república de Gilan, al norte de Persia, a la que el gobierno soviético dio su apoyo inicial como república soviética independiente. Hacia el otoño de 1920, sin embargo, las relaciones soviéticas con el gobierno de Teherán habían mejorado, y los soviéticos comenzaron a aconsejar cada vez más al Partido Comunista Persa que limitara sus actividades y a decirle que la revolución socialista tendría que esperar hasta que se completase la revolución burguesa. La república de Gilan fue aplastada en 1921 por fuerzas gubernamentales persas respaldadas por el Imperio Británico.

La consolidación de la Guerra Fría después de 1945, como ya hemos señalado, enterró esta historia durante toda una época bajo la confrontación entre los bloques, sobre todo en Europa.

Todo eso cambió en 1979 con motivo de la revolución iraní y la decisión del Consejero de Seguridad Nacional de aquel entonces, Zbigniew Brzezinski, de «devolvérsela» a la Unión Soviética por el Vietnam apoyando a los futuros

¹¹ De Jan M. Meijer (org.), *The Trotsky Papers, 1917-1922*, 2 vols., Londres, La Haya y París: Mouton, 1964, 1971, vol. II, pág. 209.

gobernantes fundamentalistas islámicos de Afganistán. Desde entonces y durante dos décadas, los Estados Unidos empezaron a jugar al Gran Juego (y con gran éxito al principio) en Eurasia.

Después de 1989 y el colapso del imperio soviético en Europa Oriental, el regreso al primer plano del concepto de *Mitteleuropa*, es decir, Europa Central en la jerga geopolítica alemana anterior a 1945, causó cierto bochorno. Pero todo quedó superado enseguida, pues los Estados Unidos y la OTAN construyeron un facsímil decente del cordón sanitario europeo oriental de la década de 1920 en torno a Rusia después de incorporar a los Estados bálticos, a Polonia y a la república checa a la Unión Europea y la OTAN; por lo demás, está prevista la construcción de bases militares en Rumania y Bulgaria, y de instalaciones «antimisiles» norteamericanas en Polonia y la república checa.

Las falsas revoluciones «naranjas» *made in USA*, etc., de Ucrania, Georgia y Serbia formaban parte de la misma estrategia. Al fin y al cabo, la embajada estadounidense en Kiev tiene setecientos empleados y no todos son antropólogos que se dedican a estudiar el folklore ucraniano.

Si seguimos recorriendo la frontera rusa, vemos guerras estadounidenses en Irak y Afganistán, y quizá pronto en Irán o Pakistán, como parte de una estrategia ulterior de control de las fronteras de Rusia y China, además de controlar el acceso al petróleo de Oriente Medio por el mismo precio.

Para refutar la hipótesis Gran Juego II, hay quien saca a relucir la participación de China y de la India en la lucha por la hegemonía en Asia Central. Pero como ya he indicado, el principal interés que tenían los británicos en el Gran Juego era proteger la India y el acceso a ella por Oriente Medio. En la actualidad, la India y China han dejado de ser colonias y juegan a la geopolítica de Asia Central por cuenta propia. Esto, en mi opinión, no cambia nada, salvo que, debido a la proliferación nuclear regional, sube la apuesta y da a la competición una dimensión más policéntrica.

Antes del 11-S, los Estados Unidos podían negar todo esto de forma plausible porque podían apoyar a varios movimientos islámicos por medio de su apoderado, Arabia Saudí. Recordamos que Brzezinski, que contribuyó más que ningún otro personaje político a resucitar el lenguaje de la teoría geopolítica

del período de entreguerras en lenguaje edulcorado, mencionó en su (ideológicamente) importante libro *El gran tablero mundial* (1997) a cinco potencias euroasiáticas a las que los Estados Unidos tenían que mantener «desestabilizadas» entre sí: Europa, Rusia, China, India e Indonesia. En aquella misma época se estaba gestando la insurgencia islámica en Chechenia, Sinkiang (los uigures), Cachemira y la provincia de Aceh, lo que provocó una gran irritación por parte de los gobiernos ruso, chino, indio e indonesio. La finalidad que tenía el uso del apoderado saudita por parte de los Estados Unidos (dejando al margen los objetivos propios de los saudíes) no era fomentar revoluciones islámicas *per se*, sino aguijonear a esos gobiernos con otros fines. A partir del 11-S esa estrategia fue, digamos, revisada. Pero sea cual sea el caso (y alguien sigue armando a estas corrientes islámicas del Asia Central), no hace falta demasiada imaginación para ver cómo los Estados Unidos utilizan periódicamente, por ejemplo, la cuestión del Tíbet, pues la CIA tiene lazos documentados con la resistencia tibetana desde la década de 1950¹².

En estos últimos casos, una vez más, el meollo de la cuestión no está en «apoyar» amenazas marginales contra Rusia o China, sino simplemente mantener desestabilizados a ambos países, y ante todo entre sí.

Y precisamente el meollo del Gran Juego fue siempre mantener desestabilizadas a las potencias de la isla mundial euroasiática.

Al otro extremo de la masa terrestre euroasiática, vemos cómo los Estados Unidos, junto con Rusia, China y Japón, arbitran la delicada situación coreana (por ejemplo, la reciente cizaña pro-coreana sembrada por Bush en torno a la falsa disputa por la isla de Dokdo). Y siempre queda Taiwán como otra baza de la que siempre se puede echar mano.

¹² Los nazis ya habían intentado crearle problemas a Gran Bretaña en el Tíbet. Sven Hedin, fascista sueco, admirador de los nazis e inveterado explorador del Asia Central, organizó una expedición al Tíbet durante la década de 1930. No obtuvo resultados apreciables. Acerca de Hedin y de algunos de sus precursores, véase P. Hopkirk, *Trespassers on the Roof of the World. Secret Explorers of Tibet*, Londres, 1995.

Así pues, desde Tallin a Seúl y Tokio, existe una serie de coincidencias bastante impresionante que los críticos de la hipótesis Gran Juego II tienen que explicar.

Los Estados Unidos llevan haciendo leña de Rusia desde 1991. Hasta el ex presidente republicano Richard Nixon denunció la miopía de esta política a comienzos de la década de 1991. Los Estados Unidos apoyaron incondicionalmente al «demócrata» Yeltsin mientras los capitales occidentales y sus asesores recorrían todo el ex bloque soviético haciendo de las suyas, y el hombre de confianza de Clinton, Al Gore, sofocaba sistemáticamente cualquier crítica pública de todo aquello mientras el capital occidental adquiría los activos del ex bloque soviético a un porcentaje mínimo de su valor real. Durante esa misma época, los oligarcas mafiosos rusos salieron del anonimato y adquirieron el resto. La estrategia estadounidense, como señaló Emmanuel Todd en su libro de 2002 *Después del imperio*, consiste en reducir a Rusia a sus fronteras del siglo XVII e impedir que pueda volver a ser una potencia mundial. Los Estados Unidos presionan para que Georgia y Ucrania ingresen en la OTAN. Y después, cuando algunos estalinistas se reagrupan y deciden que quieren su parte de los ingresos procedentes de la renta de la tierra generada por los recursos naturales de Rusia, los Estados Unidos y la OTAN chillan sobre la «democracia» y el «autoritarismo». Y desde luego, Putin y Medveyev no son demócratas.

La elite estadounidense sabe que a medio o largo plazo está abocada a un enfrentamiento con China, así que su política de cerco en Asia también está vivita y coleando, pese a que ya no sea lo que fue.

Por último, tenemos que enfocar el «Gran Juego» desde una perspectiva política más amplia. El centro de Eurasia ha determinado la historia del planeta cada vez que el modo de producción de las grandes civilizaciones mundiales (China, la India, Oriente Medio y Europa) ha entrado en crisis.

Las grandes migraciones indoeuropeas irrumpieron en la India, Irán y Europa hacia el 1800 a. C., perturbaron la *oikoumene* de Egipto, Babilonia, Asiria, Sumeria y Acadia durante siglos y provocaron la decadencia de estos antiguos Estados del Próximo Oriente.

Hacia el 300-400 d. C., a medida que el antiguo modo de producción llegó su fase terminal, los hunos y otros pueblos centroasiáticos invadieron China, la India y el Imperio romano (siguiendo a los pueblos indoeuropeos, acampados en sus fronteras septentrionales), y contribuyeron una vez más al final de esa fase de la *oikoumene*.

En el año 1071, los turcos seleúcidas salieron del Asia Central y entraron en Anatolia, donde derrotaron a las fuerzas bizantinas en la batalla de Manzikert, que marcó el punto de inflexión de la futura conquista islámica de lo que acabaría convirtiéndose en el Imperio otomano. Incluso antes de la caída de Constantinopla en 1453, en el siglo XIV, varios grupos túrquicos (seleúcidas, sejlukos, osmanos) habían conquistado gran parte del sudeste de Europa. Desde allí llevaron el estandarte del Islam al subcontinente indio, donde fundaron el imperio mongol.

Hacia el 1250 d. C., el imperio mongol se extendía desde Corea a Polonia pasando por Bagdad, y estaba preparado para invadir Europa occidental, invasión que sólo impidió la coincidencia con una lucha sucesoria que obligó a los mongoles a retirarse.

Sólo el auge en toda Eurasia de los «Imperios de la Pólvora» de los siglos XVI y XVII (los Habsburgo, los Romanov, los Otomanos, los Savafid, los Moghul y los Ming) puso fin a esta dialéctica «Ibn-Jalduniana» de conquista nómada pastoral de civilizaciones sedentarias internamente debilitadas.

La relevancia de las poblaciones del Asia Central no reside, pues, en sus propias erupciones históricas periódicas, sino en las crisis de los modos de producción (y en la actualidad, cuando mínimo, en una inmensa remodelación del equilibrio internacional de fuerzas entre los principales centros de poder, Estados Unidos, Europa, Rusia, India y China) de los principales centros de civilización cuya periferia constituyen.

Los estrategas de los cinco principales centros de poder mundiales entienden lo que está en juego, (y el petróleo y los oleoductos sólo son una parte de ello), aunque los escépticos ante la hipótesis Gran Juego II no.

Cuando examinan las pruebas presentadas arriba, algunos de esos escépticos dicen encogiéndose de hombros: «Es muy interesante, pero

políticamente irrelevante» en la era de los satélites asesinos y los bombarderos teledirigidos, o que las injerencias estadounidenses en la política interna de Pakistán son una bagatela.

Desde luego, el Gran Juego II no gira en torno al control directo de territorios, como el Gran Juego I.

Entonces, ¿qué interés tiene semejante análisis desde una perspectiva de izquierda radical? Se deriva de la teoría elaborada en 1850 por Marx sobre la revolución permanente (en relación con Alemania), y desarrollada más tarde por Parvus y Trotsky (en relación con Rusia).

El Gran Juego I, como antes he expuesto, enfrentó a Gran Bretaña con Rusia durante el período 1800-1917 (y más allá). Rusia era entonces el «eslabón débil» de la acumulación mundial (había enormes inversiones francesas en bonos rusos, por ejemplo). La ruptura de ese «eslabón débil» fue la revolución rusa, que después quedó aislada por el fracaso de la revolución mundial y el triunfo del «socialismo en un solo país» como consecuencia de ese aislamiento.

Gran Juego II: 1979-presente. Estados Unidos ha sustituido a Gran Bretaña en una estrategia para controlar las fronteras de Rusia y China, y para mantener a los cuatro centros de poder (Europa-Rusia-India-China) desestabilizados mientras el centro de la acumulación mundial se desplaza hacia Asia, evitando así que el dólar descienda de categoría como divisa de reserva mundial. Es de esperar que a esto le suceda una futura revolución proletaria en el nuevo «eslabón débil», China.

Desde finales de los década de 1950, y en particular desde que Nixon puso fin a los acuerdos de Bretton Woods (paridad dólar-oro) en 1971-1973, los Estados Unidos han colocado al mundo sobre un patrón-dólar, y desde las anémicas «recuperaciones» que siguieron a las recesiones mundiales de 1973-1975 y 1981-1982 (que nunca se superaron con nada parecido a un dinamismo comparable con 1945-1973), ha estado «reflacionando»* la economía mundial mediante inmensos déficits de la balanza de pagos norteamericana.

* Se denominan «reflacionistas» a las políticas destinadas a poner fin a políticas deflacionistas previas para permitir que la inflación vuelva a crecer. Para ponerlas en práctica, los gobiernos

Como resultado, este año las reservas mundiales han llegado a los siete trillones de dólares.

Durante décadas, el principal objetivo de la política exterior estadounidense ha sido mantener esta burbuja de aire caliente en un proceso de expansión continua, e impedir que se desinfe o sea sustituida, y es ahí donde el Gran Juego en la masa terrestre euroasiática aparece con mayor claridad como una cuestión candente de la crítica de la economía política. La economía mundial centrada en el dólar (con independencia de lo que puedan haber pensado los ya desacreditados «desacopladores*») necesita el botín procedente de esta solución para evitar el colapso¹³. (Un importante precedente, con medios mucho más limitados, fueron las letras Mefo* con las que se llevó a cabo la reflación de la Alemania nazi entre 1933 y 1938, que exigió la extensión de su ámbito geográfico de 1938 en adelante.)

Como dijo Rosa Luxemburg en respuesta a sus críticos en 1913, que ponían en duda su tesis (formulada en su libro *La acumulación de capital*) de la necesidad del imperialismo para el capitalismo: entonces, ¿a qué viene tanto alboroto? ¿A qué viene tanto corretear de aquí para allá? ¿Qué hacen los barcos de guerra alemanes en las Islas Salomón y tropas alemanas en Swazilandia?

reducen los impuestos, aumentan el gasto público y rebajan los tipos de interés para frenar el exceso de desempleo que pueda haberse originado durante la fase de deflación. (N. del t.)

* Desacoplamiento entre los principales motores de la economía mundial. (N. del t.)

¹³ Véase mi artículo en *Mute* (Londres), “Fictitious Capital for Beginners: Imperialism, ‘Anti-Imperialism’ and the Continuing Relevance of Rosa Luxemburg”, agosto de 2007.

* «Letras Mefo, así llamadas por la sociedad limitada semiprivada Metallforschungsgesellschaft m.b.H., fundada por el Reichsbank y cuatro fabricantes de armamentos en 1933, y que empleó una base de capital de cien mil Reichmarks para emitir doce mil millones de Reichmarks en crédito, un coeficiente de endeudamiento de 1200:1.» (“Conjuncture: World Capitalism since the Collapse of the Breton Woods System”, <http://home.earthlink.net/~lrgoldner/bretton.html>)

(N. del t.)

Del mismo modo, yo (modestamente, en tanto mero epígono de la incomparable Rosa) pregunto: si no existe ningún Gran Juego II, ¿a qué viene tanto alboroto? ¿A qué viene tanta presencia militar de los Estados Unidos y de la OTAN de Estonia a Georgia y Ucrania, pasando por Rumanía y Bulgaria? ¿A qué viene tanta presencia militar estadounidense en Irak y Afganistán, y tanta ansiedad respecto de Pakistán, aparte de un posible ataque contra Irán el día de mañana? ¿Por qué, en la era post-Guerra Fría, esos continuos intentos estadounidenses de mantener su presencia militar en Japón, Corea, Taiwán y sus alrededores?

¿Por qué, oh escépticos del Gran Juego II?

Hay quien señala, frente a este argumento, que los Estados Unidos, Rusia y China están cooperando en la «guerra contra el terror». ¡Pues claro! Por tomar prestada una vieja analogía, los grandes gánsteres acostumbran a colaborar entre sí contra gánsteres más pequeños que intentan meterse en sus negocios. Rusia tiene a sus chechenos y China tiene a sus uigures, igual que los Estados Unidos tuvieron su 11-S. Los Estados Unidos pagaron un alto precio por su respaldo a los insurgentes islámicos durante la década de 1990 a través de su apoderado Arabia Saudí, desde Bosnia (no oímos hablar demasiado de los mercenarios iraníes que combatieron con el bando bosnio, del mismo modo que no oímos hablar de las conocidísimas opiniones islamizantes del presidente «demócrata» Izobekovic) a Aceh (Indonesia).

Algunos escépticos también son aficionados a señalar la larga colaboración entre los Estados Unidos y China. Bien, examinémosla. Es cierto que desde la década de 1950, los Estados Unidos y China han colaborado en el apoyo a Pakistán contra la India. Recordamos que en 1971 ambos países apoyaron a Yahia Khan en su sangriento intento de impedir la independencia de Bangladesh cuando la India se inclinaba hacia la Unión Soviética. (El baño de sangre subsiguiente produjo un millón de muertos.)

El final de la Guerra Fría modificó un tanto los cálculos, y ahora que tanto Pakistán como la India tienen armas nucleares, los Estados Unidos han tenido que modificar su política y apoyar el programa nuclear indio. La prioridad actual es impedir una revolución islámica en Pakistán, con su servicio de

inteligencia militar pro-talibán e impedir que los talibanes (que tienen amigos muy bien situados en Pakistán) inflijan una humillante derrota a las fuerzas de la OTAN en Afganistán, algo que éstas parecen estar cada vez más cerca de conseguir.

Los Estados Unidos y China tampoco tuvieron ningún problema en colaborar en Indonesia, donde China se cruzó de brazos y no dijo ni hizo nada mientras la CIA tramaba el golpe de Suharto en 1965, durante el que fueron masacrados más de seiscientos mil miembros del Partido Comunista Indonesio (PKI) después de que China hubiese exhortado al PKI a aliarse con el nacionalista Sukarno. El éxito estadounidense en Indonesia fue una victoria de política exterior más importante (estaba en juego el control del estratégico punto de estrangulación del estrecho de Malaca) que su posterior fracaso en Indochina.

Los Estados Unidos y China también estuvieron de acuerdo en 1969, cuando parecía que la Unión Soviética y China estaban a punto de entrar en guerra en el río Amur. Este acuerdo tácito no sólo preparó el terreno para la visita de Nixon en 1972, sino que llevó a China a entibiar su apoyo a la guerra de los vietnamitas contra los Estados Unidos, lo que volvió a suscitar el espectro de un choque militar chino-soviético.

Los Estados Unidos y China volvieron a ponerse de acuerdo en 1978-1979, cuando la ocupación vietnamita de la Camboya de los jemereros rojos provocó una guerra fronteriza (con la aprobación de los Estados Unidos) con Vietnam, lo que suscitó de nuevo el espectro de un choque militar chino-soviético.

Un par de años después, bajo Reagan, funcionarios estadounidenses pasaron revista a las tropas del Ejército chino (de Liberación Popular) en el río Amur. Hasta el colapso del bloque soviético en 1989-1991, los Estados Unidos se conformaron con jugar la «carta china» contra la Unión Soviética.

En tal caso, ¿de qué clase de colaboración se trata? ¿Es un signo de la concordia Estados Unidos-China o una alianza continental contra gobiernos y movimientos (pequeñas mafias) que no gustan a las grandes mafias? En mi opinión, procede del 1984 de Orwell, con sus constantes cambios de alianzas entre los tres bloques enfrentados.

El 11-S quizá nos haga olvidar que durante el primer año del mandato de Bush Jr., los Estados Unidos estuvieron provocando a China con vuelos de reconocimiento y el tristemente célebre caso del Boeing 707 entregado al gobierno chino, que estaba hasta los topes de aparatos de escucha.

Recordamos la conferencia de 2003 del Departamento de Estado-AFL-CIO en Washington, en la que el tema de debate fue el «futuro del movimiento obrero chino». Está más claro que el agua que si la política de «compromiso constructivo» con China no logra la tan pregonada integración plena de China en la «comunidad internacional», a los Estados Unidos les queda la opción B: respaldar a un «movimiento obrero» tipo Solidarnosc para que las cosas se vayan moviendo en la dirección deseada.

En resumen, los Estados Unidos están jugando al Gran Juego II desde Estonia a Corea en tanto estrategia para mantener desestabilizadas a las potencias euroasiáticas y evitar que la masa cada vez mayor de dólares nómadas se desinfle y sea sustituida por otras monedas. Pese a que ni Hu ni Paulson ni Obama lo confiesen abiertamente, el gorila de trescientos cincuenta kilos que está en el centro del ring es la clase trabajadora china. A los Estados Unidos no les queda más remedio que «cabalgar el tigre» (pido disculpas por la superabundancia de animales en este zoo) del ascenso de China, de los dos trillones de reservas en dólares y bonos de Fanny Mae y Freddie Mac¹⁴ en bancos chinos y de la creciente presencia china en África e Hispanoamérica en busca de recursos naturales, con la esperanza de consolidar la participación china en un statu quo internacional que siga subvencionando la imparable decadencia económica de los Estados Unidos en las décadas venideras o, en su defecto, encontrar al Lech Walesa chino que encabece un movimiento obrero chino receptivo a los «mercados libres» y la democracia burguesa.

¹⁴ Como señaló Michael Hudson, autor del excelente libro *Superimperialism* [ed. cast: *Superimperialismo*, Dopesa, Barcelona 1973, trad. José Manuel Álvarez Flórez] en una entrevista publicada en septiembre de 2008 en el sitio Web Counterpunch, la primera preocupación del gobierno estadounidense cuando rescató a Fannie Mae y a Freddie Mac fue aplacar a los bancos centrales asiáticos, que están en posesión de una enorme cantidad de su papel moneda.

Esperemos que ambas vertientes de esa estratagema fracasen y que, a diferencia de lo que sucedió en 1917-1921 con Rusia, esta vez la clase trabajadora internacional acuda a su cita con la clase trabajadora china.

Septiembre 2008

Bibliografía

Biarnes, P. *Pour l'empire du monde. Les américains aux frontières de la Russie et de la Chine*, París, 2003.

Hopkirk, P. *The Great Game*, Londres 1997.

Korinman, M. *Quand l'Allemagne pensait le monde. Grandeur et décadence d'une géopolitique*, París, 1990.

Meyer, K./Bryson, S.B. *Tournament of Shadows. The Great Game and the Race for Empire in Central Asia*, Nueva York 1999.

Meier, K. *The Dust of Empire. The Race for Mastery in Asia's Heartland*, Nueva York, 2003. [*Las cenizas de los imperios: la lucha por la supremacía en el corazón de Asia*, Ed. Al-Andaluz y Mediterránea, 2010, trad. Muriel Páez y Madeline Rasmussen]

Molnar, M. *Marx, Engels et la politique internationale*, París 1975.